

del teatro?— igualmente lícitas y explicables. Como lo es la de la Sala Cadarso sometiendo a su público a la confrontación con un tipo de trabajo, fresco, seriamente abordado, nuevo en ese escenario.

No se trata, aunque tal vez lo parezca, de dar la razón a todo el mundo. Simplemente, "Imágenes", por sus méritos y su ingenuidad, obliga a ello. ■ JOSE MONLEON.

Un buen espectáculo: "El gran deschave"

En la inmensa mayoría de los casos quizá el talento dramático se pruebe no tanto por lo que se cuenta como por el modo de contarlo. "El gran deschave", de los argentinos S. de Cecco y A. Chulak, es el último ejemplo. La historia es, otra vez, la de la "decepción" matrimonial, el cansancio de una pareja sin hijos, encerrado él más y más en los problemas de su taller mecánico, refugiada ella en los folletines de la televisión y en la consiguiente folletinización de su propia vida. Así hasta que un día se estropea la televisión, se encaran los dos personajes —privados de la distracción que los protegía— y se produce el "gran deschave", expresión lunfarda que equivale a "gran confesión" o a "gran chivateo".

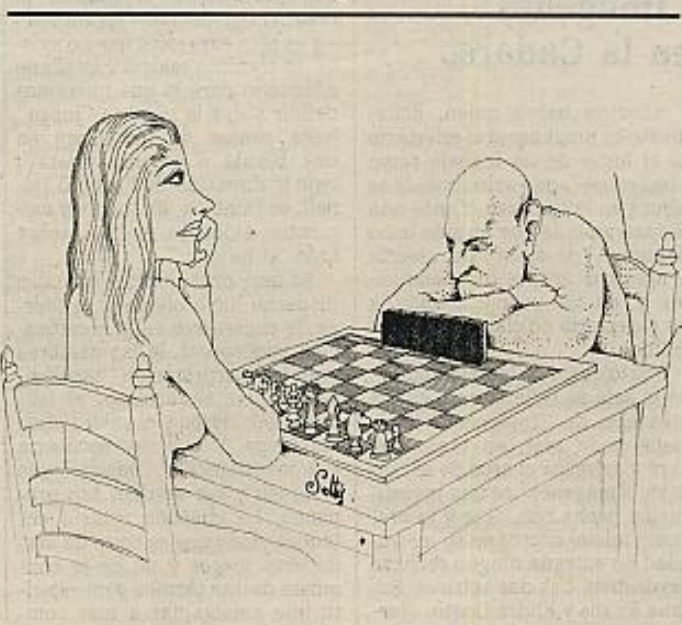
En su estructura fundamental —aparte de la tradición del sainete, que le impone una serie de rasgos, a los que no es ajena la tragicomedia— se trata, pues, de un drama que podríamos llamar clásico. La novedad —nada arbitraria y profundamente amarga— estaría en que el factor "descadenante" no tiene nada de mágico; el hecho de que este factor sea la avería del aparato de televisión contribuye a establecer con claridad el tipo de vida de nuestros protagonistas. El clima inicial del drama —noticias de catástrofes, enfrentamientos armados y accidentes, que lanza la televisión, antes de su avería, a todo volumen; el vecino que utiliza el teléfono, gritando la pequeña historia de una letra de cambio; el tocadiscos puesto en marcha casi automáticamente apenas la televisión se calla; el grupo de vecinos que ensaya música moderna, etc.— subraya, por lo demás, que no se trata de ninguna pareja excepcional, sino de una expresión más de la "civilización del ruido y de la violencia", súbitamente abandonada a su escondida verdad personal cuando la pantalla doméstica enmudece. El que esta verdad



Federico Luppi y Haydee Padilla, dos grandes actores, en "El gran deschave".

aflora con el mismo ruido y la misma violencia del mundo en que viven los protagonistas es, pues, algo sociológica y poéticamente coherente. Incluso los elementos folletinescos de la confesión, cuanto hay en ella de desahoramiento, tienen la virtud de ser, a un tiempo, efectismos con que atraer la atención del espectador y comportamientos dramáticos que se ajustan a la dislocada existencia de la pareja.

Posiblemente en esto último esté la clave del gran éxito de "El gran deschave" en Buenos Aires, donde ha permanecido tres años en cartel, y del que cabe augurarle en Madrid. La amargura de la obra, cuanto hay en ella de conmovedora exploración en la vida de una modesta pareja argentina, se conjuga —"como si fuera en una película"— con el "gran tono", con la ferocidad folletinesca, con la ex-



plosión y el desmadre, que corresponden a la civilización del "ruido y la violencia". Espectador hay que, increíblemente, se rie del principio al fin del espectáculo. Lo normal es que prive la sonrisa hasta que, poco a poco, el "deschave" impone la amargura. El final de la obra, con la pareja contemplando el reparado televisor, es, a fin de cuentas, el final clásico. Arruinada la relación, los dos personajes, ya maduros, con la vida hecha, se aferran a lo que les queda...

La construcción de la obra —dentro del naturalismo, tal y como lo entiende el sainete— es habilísima. En términos de anécdota se diría "que no pasa nada", que aquello no es más que una "escena" familiar. Esto se debe a que existen en realidad dos acciones dramáticas simultáneas: una, que correspondería al pasado, y otra, que consiste en hacer presente ese pasado, en resucitarlo e introducirlo en la relación de la pareja. La catástrofe surge precisamente por esa destrucción del sentido semi-real y manipulable del recuerdo, inevitablemente conflictivo —"Old times", de Pinter, era la versión inglesa del mismo tema— cuando se reencarna como presente.

Para una obra como ésta hacían falta grandes actores, capaces de encerrarse en el escenario como si fuera realmente su casa y olvidarse del público. Actores que vivieran sus personajes, que mantuvieran entre sí una relación real, que nos hicieran creíble un conflicto que, como decíamos antes, nunca cuenta para su desarrollo con la consabida sucesión de nuevos y brillantes acontecimientos, sino con una cadena de pequeñas y graves revelaciones, cuya sinceridad dramática es absolutamente necesaria. Haydee Padilla y Federico Luppi, en la pareja protagonista, son esos actores, así como Nora Cullen, que encarna el contrapunto de la madre italiana, ajena a cuanto sucede en la casa y perdida en la ensoñación y en los pequeños detalles. La dirección de Carlos Gandolfo, por cuanto hay en ella de creación real y creíble de un microcosmos, y aun de potenciación del sainete, me parece admirable, así como la escenografía de Carlos Cytrynowski, que al crear varias habitaciones en un mismo plano —con tabiques de gasa semi-transparente— contribuye a romper la tradicional frontalidad, la ordenación en torno a un punto geométrico que es propia de la plástica teatral cotidiana.

"El gran deschave" es, en definitiva, una aportación teatral positiva a nuestra mediocre cartelera. Uno de los dos o tres espectáculos importantes que nos han traído los argentinos en su último y triste período histórico. ■ JOSE MONLEON.